

## RESEÑA

**ARRELUCEA BARRANTES, Maribel y Jesús COSAMALÓN AGUILAR.** *La presencia afrodescendientes en el Perú. Siglos xvi-xx.* Lima: Ministerio de Cultura, 2015. 1ª edición, 201 pp. ISBN 978-612-4126-47-5

Maribel Arrelucea y Jesús Cosamalón han escrito un libro bellamente simple que describe la vida de tantos hombres y mujeres africanos negros que fueron traídos a la fuerza al Perú. Con un lenguaje, claro, directo y conciso, explican el devenir de la esclavitud más que de los esclavos mismos. Con un lenguaje incluso fresco, señalan paso a paso y en grandes líneas de análisis histórico, las etapas claves de este temajeto histórico: desde su génesis con el virreinato, pasando por la temprana república y el establecimiento de la igualdad democrática hasta su eliminación hacia la década de 1880 y la progresiva segregación e invisibilización del grupo humano, otrora esclavo, para la primera mitad del siglo XX. La “simpleza” de la presentación de lo que fue la esclavitud, con líneas de análisis de largo aliento y con una narrativa fácil, en realidad, esconde una terrible complejidad: el fragor del actuar constante y continuo de hombres y mujeres africanos que llegaron al Perú forzada y violentamente como esclavos y que, sin embargo y a pesar de todo lo sufrido, se constituyeron en personajes útiles, creadores y constructores del país. Un interesante logro a resaltar del libro es que los autores enfrentan equilibradamente una temática de por sí, fuerte y desgarradora, y la vuelven asequible al lector común que sólo en el encuentro personal y en la interiorización de la lectura puede entender el horror de lo vivido por peruanos y peruanas en el pasado.

La presencia y el accionar de los africanos negros en el Perú, como dicen los autores, es un tema aceptado pero no asumido y, sin embargo, buena parte de la cultura costeña peruana bebe de su presencia, desde la marinera, el tondero y el zapateo hasta el frejol colado y los dulces limeños. Este libro, sin ninguna duda, cubre un doble vacío, el de la vida cotidiana y el académico. Desde lo primero, lo cotidiano, esta visión de conjunto que ofrecen Arrelucea y Cosamalón permite encarnar esos arquetipos nacionales no sólo en personas o situaciones específicas, sino en procesos históricos bien establecidos que permiten que los de ascen-

dencia africana negra se puedan explicar por qué, cómo, dónde y para qué fueron y cómo llegaron a ser lo que hoy son. Y los que somos peruanos como ellos, podamos también preguntarnos lo mismo con ellos y explicarnos la maravillosa diversidad proactiva de la cultura peruana. Justamente, para entendernos y comprendernos, los autores han colocado al final del texto, un glosario donde señalan algunas palabras claves para entender la fuerza del proceso por cuanto cada palabra remite a un mundo histórico complejo particular.

Desde estos procesos explicados se aprecia el segundo vacío que cubre el texto, la academia. Baste ver el listado bibliográfico revisado para construir este análisis de largo aliento para darse cuenta, no sólo de la gran cantidad de información que se maneja, sino de las diferentes temáticas y calibres de los libros, lo que hace visible la experiencia de los autores en el tema. Se está ante una visión, amplia y general, sumamente bienvenida porque ofrece explicaciones-marco que sobrepasan al personaje y la fecha, al evento y la coyuntura. Finalmente, los autores presentan a la esclavitud a través de un texto general que se convierte en específico porque ésta es el sujeto histórico y explican los grandes momentos en que ella se realiza.

Así, la primera parte que se centra en la génesis y desenvolvimiento de este proceso y supera la etnización clásica de la temática, no sólo son africanos negros sino seres humanos que fueron incorporados a un sistema socio-económico y que remplazaron a la mano de obra indígena, especialmente en la costa peruana. En realidad, para el Perú, se trató de una cantidad pequeña de africanos, no comparable con la que llegó al Brasil, Cuba, Haití y Jamaica. Finalmente, como se ve en el cuadro 1 (pág. 21), mientras los indios llegaban a los 600,000 almas, los esclavos y pardos unidos alcanzaban alrededor de los 80,000. Y eso que para el siglo XVIII, como nos demuestran los autores, aumentó el número de esclavos ante el incremento de la demanda y producción de la caña de azúcar, por cierto, en Lambayeque y Trujillo y también en Cañete y Chincha. Sin embargo, es interesante cómo los autores desmitifican la no presencia de esclavos por la sierra, sobre todo en las ciudades, como Arequipa. En ellas, no sólo servían en lo doméstico sino sobre todo, se centró en panaderías y talleres; en el tiempo surgiría la "relativa", una esclavitud a jornal y en algunas haciendas, como las jesuitas, que les permitía mantener parte de las ganancias. Las leyes pautaron la institucio-

nalización de la esclavitud y los esclavos, como cualquier persona que pudiera articular un discurso coherente, tenía acceso a ellas.

Los autores nos explican cómo la presencia de estos africanos en el Perú no se basaba únicamente en el color de piel sino en la construcción, negociación y reconstrucción de un complejo entramado de jerarquías sociales y diferenciaciones en base a oficio, vivienda, riqueza, honor, legitimidad pero también de costumbres, pieles, comidas, bailes: la buena o mala sangre, sin embargo, terminaría por debilitarse con la obsesión borbónica de ordenar y separar. Una separación en lo formal burocrático que no se reflejó en la vida de las calles, en el mundo cotidiano aunque no fue lo mismo ser bozal que criollo, esclavo que liberto, negro que mulato. El espacio de encuentro multiétnico por excelencia fueron los callejones, los mercados y los puestos de comida que ofrecían una culinaria muestra de esa abigarrada mezcla.

Interesantemente, Arrelucea y Cosamalón sostienen que la esclavitud potenció un pacto social, con derechos y sanciones, entre esclavos, amos, patrones y autoridades que enmarcó las estrategias de supervivencia. Desde el escamotear el trabajo a los amos para realizar el suyo propio con sus ganancias, pasando por la curandería —en la que se diluyó las religiones africanas— hasta utilizar el cuerpo cuando de mujeres se trataba. La violencia no estaba fuera del discurso pues el cimarronaje y el bandolerismo fueron bastante cotidianos. Y por cierto, que su presencia en el ritual católico limeño y peruano es innegable, desde San Martín de Porras hasta el Cristo de Pachacamilla. Por tanto, el proceso de creación republicana pone en tensión toda esta abigarrada mezcla de vida, creencias y costumbres. En esta segunda parte, los autores entretienen el análisis político con la realidad social local, enriqueciendo humanamente el discurso histórico tradicional.

Entre 1821 y 1854 nace y se concreta la república peruana inmersa en un conjunto de procesos que influyen a todos. El ascenso social, el reconocimiento consecuente, la mezcla humana y la posibilidad de identificación diversa (indio, mestizo, negro, liberto, mulato) en una sociedad multiétnica permitió que se fueran licuando las diferencias aunque se mantuviera la preocupación por el ordenamiento social del conjunto humano popular. Los mercuristas que analizan son una maravillosa muestra de la incongruencia de las percepciones en torno al pueblo, plebe y populacho; se hacía sentir la Ilustración y la razón moderna. Se tra-

taba de agrupar ahora sí y en adelante, cada vez más por lo étnico, las castas y finalmente, las razas. El proceso de invisibilización comenzaba a perfilarse y no haría más que desenvolverse en la etapa republicana aunque, como bien señalan los autores, los esclavos no fueron sujetos pasivos que se limitaban a sufrir las situaciones sino que fueron activos agentes de su propia libertad.

Los autores explican cómo el discurso político giraba en torno a la eliminación de la esclavitud y cómo el ejército de ambos bandos se convirtió en una nueva estrategia de ascenso social. Curiosamente, las artes liberales fueron también un instrumento para lo mismo: José Manuel Valdés, científico de época; José Gil de Castro, pintor y por cierto, Francisco (Pancho) Fierro, acuarelista, son un interesante ejemplo de esa aceptación social en este convulso período de tránsito del sistema virreinal al republicano. Sin embargo, el común de hombres y mujeres con la piel chocolate, tuvieron que sufrir las marchas y contramarchas de la abolición de la esclavitud y de la libertad de vientres; la demanda de mano de obra por parte de los hacendados fue tan fuerte que hasta se reimpuso el tráfico negrero hacia 1845, generando varios incidentes internacionales.

Los esclavos lucharon por su libertad, casualmente en el norte. Donde estaba la mayor parte de la población esclava en haciendas, se dan varias rebeliones como la de 1851 en el valle de Chicama: 200 esclavos reclaman su libertad basándose en las leyes de San Martín. La abolición de la esclavitud de Castilla no es filantropía, fue una necesidad política y perentoria. Echenique ofrecía la libertad a todo aquel esclavo que se enrolara en sus filas. De la mano con los autores, percibimos los múltiples intereses en juego, el de los esclavos interesados, los vacíos y oportunidades políticas en el cambio, el conocimiento de pactos y leyes sociales que se exige se implementen (porque en el norte también hay abolicionistas); la realidad hacendaria de la necesaria mano de obra... Apasionante, estos hombres van luchando por la libertad y sobre todo, por su libertad.

En la tercera y la última parte, nos terminan los autores por desenredar la fuerte trama y la maraña. En la república de la segunda mitad del siglo XIX y particularmente en la primera mitad del siglo XX, no existe más la esclavitud ni hay esclavos. Pero desde este momento, la nota característica es la discriminación que no permite la integración;

progresivamente se establece un nuevo ordenamiento social basado en supuestas razas, superiores e inferiores. Interesante es destacar en el cuadro 2 (pág. 119), que presenta la distribución étnica por porcentaje en el Perú, en 1876 sólo existe un 1% y para 1940 se convierte en 0.47%. Como en el caso de los indios, la desestructuración del orden previo donde cada grupo humano tenía su propia ubicación social negociada/pactada con el rey, implica la segregación y la invisibilización de los mismos. Pero la población negra no puede cerrarse al mundo blanco como los indígenas, porque es en él donde se realiza.

Las representaciones mentales construyen estereotipos. Los autores rescatan cómo en las lápidas los hombres dejan constancia de sus orígenes africanos y rescatan cómo socialmente se consolidan estereotipos positivos, como la fortaleza física, la belleza natural de la mujer, la gracia y la sensualidad de "raza". Quizás recuerdos de la débil diferenciación del pasado porque, en este momento, las estrategias de época de integración y reconocimiento pasan por el "blanqueamiento" social. El caso paradigmático es el de Ricardo Palma Soriano: sus tradiciones y sus leyendas construyeron una visión histórica peruana que hasta hoy se maneja. Descendiente de africanos por vía materna, vivió con el padre para ser registrado como blanco a pesar de que, tuvo que enfrentar múltiples rechazos sociales. La inferioridad de la raza negra es un tema recurrente en el Perú de las primeras décadas de 1900; tampoco el literato y poeta Abraham Valdelomar logra escapar de su época. La redención viene desde la aceptación religiosa del Señor de los Milagros y la marinería que se hace presente en la revivida fiesta de las Pampas de Amancaes con Leguía.

En los estereotipos se ven siempre cómo gente de color, generalmente pobre, está segregada, excluida, en los márgenes de la sociedad. Pero sin embargo, en la medida que este libro de Arrelucea y Cosamalón llenan aquellos vacíos que se ha señalado, entendemos que son hombres y mujeres que, en lo cotidiano, lucharon por ser, por integrarse y que desde su propia agencia, superaron difíciles situaciones y complicadas coyunturas pero siempre y en todo momento, participaron de la realidad histórica del Perú.

Este libro es apasionante por su claridad académica; nos lleva de la mano y paso a paso por la esclavitud como proceso fundamental de construcción del Perú en el que aquellos que fueron esclavos, no fueron

ni pasivos ni sometidos sino proactivos y constructores de su propia humanidad. El libro ciertamente debe leerse.

*Susana Aldana Rivera*  
*Pontificia Universidad Católica del Perú*